

GEDEÓN

ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA

10 céntimos NÚMERO SUELTO 10 céntimos

DIRECCIÓN: LOPE DE VEGA, 39 Y 41.—ADMINISTRACIÓN: SERRANO, 55

AÑO XI

MADRID, JUEVES 2 DE MARZO DE 1905

NUM. 484



¡A BAILARSE TOCAN, O VILLAURRUTIA A GRANDE ORQUESTA!

GEDEÓN.—¡CARAPE! ¡VILLAURRUTIA QUE HA VUELTO DE VIENA! PERO ¿CÓMO? ¿NO HA TRAÍDO USTED PAREJA?

VILLAURRUTIA.—¡PARA QUÉ? SI ME VOY A IR EN SEGUIDA

JUEVES DE GEDIÓN



Tan! ¡tan!
—¿Quién llama?
—¿D. Raimundo F. Villaverde?
—No está en casa.
—¿Y usted podría decirme hacia dónde caerá?
—Hacia Marzo.
—No, si yo le pregunto que dónde podrá estar.
—En cualquier parte menos en las Cortes.
—Tal vez vaya ahora a visitar a Silvela.
—Tal vez.
—Tal vez vaya a ver a Azcárraga.
—Tal vez.
—Tal vez no vaya a ninguna parte.
—Lo mismo creo.
—¿Y es usted su administrador?
—No, señor; soy...
—¡Caramba! no le creí a usted tan importante. Ocupa usted uno de los primeros puestos de la nación. Y dígame V. E.: ¿No toma hoy el marqués de Pidal otra posesión de otra presidencia de otro alto Cuerpo?
—De seguro que sí. Parece el caballero particular: siempre está tomando algo.
—Pues entonces, D. Raimundo ha ido a dársela.
—Puede.
—Yo siento incomodar a V. E., pero deseo participarle una reflexión que se nos ocurrió ayer al mismo tiempo a Calínez y a mí. Calínez es mi Besada.
—Por muchos años y en buen sitio.
—Verá usted: Calínez me dijo: «¿Sabes lo que pienso, Gedeón?» al tiempo que yo le decía: «¿Sabes lo que pienso, Calínez?»
—Sacaron ustedes un ánima del Purgatorio.
—Eso es mucho más fácil que sacar al marqués del Vadillo de un Ministerio. Pues bien; yo pienso, dije, que estos pequeños Gabinetes conservadores no vienen más que a dar algo. El Gabinete Azcárraga, la jefatura del Estado Mayor central al general Polavieja; el Gabinete Villaverde, la presidencia del Consejo de Estado al marqués de Pidal. Como en cierta parodia de *El último mono*, todos nuestros gobernantes actuales podrían ostentar la siguiente acotación: «Le da y vase». «¡Eso mismo estaba pensando yo!» exclamó Calínez; y conmovidos por tal coincidencia reflexiva, nos abrazamos fraternalmente. Supongo que a usted le sucederá lo mismo con D. Raimundo, si no es usted su administrador. De fijo que los dos tienen ustedes la misma cabeza.
—Sí, señor; un poco más alta ó un poco más baja por la diferencia de estaturas, pero igual.
—¡Vaya! ¡vaya! Pues no encuentro palabras para felicitarle a usted. D. Raimundo es, hoy por hoy, nuestra primera cabeza financiera. ¡Los números que le caben en la masa encefálica! ¡Como que tiene los sesos en logaritmos! ¿Pero dónde

podría encontrarle yo? Es muy importante lo que le voy a preguntar. ¿Sabe usted hacia dónde cae el huerto del Francés?
—Unos dicen que por la calle de Lista.
—¡Ah, sí!
—Y otros que en dirección completamente opuesta.
—¡Pues estamos aviados! ¿Será capaz D. Raimundo de haberse metido en el Huerto? ¿Notó usted en él, cuando salió de casa, cierta preocupación? ¿Llevaba alguna baraja en el bolsillo? Diga usted, ¿no habrá recibido estos días una carta con determinadas proposiciones?
—¡Recibe tantas de ese género! Su cartera huele a mil esencias distintas, a mil exquisitos perfumes.
—¡Dios mío! ¡Si estará ya debajo del rosal!
—¡Cá! Es hombre de mucho peso para perderse en aventuras.
—¡Más pesaba Azcárraga, y le llevaron!
—Me está usted asustando atrocemente. Ayer tuvo una carta de Maura...
—¡Cielos! ¿No sería de Aldije?
—Y ahora que recuerdo bien, después de leerla se quedó meditabundo.
—Corro a buscarle. ¡D. Raimundo es hombre muerto!
—No diga usted atrocidades.
—Pero aunque haya tenido tan desastroso fin, ¡le levantaremos!
—¿Y cómo se le levanta después de fallecer? No, las sospechas de usted son infundadas. Mi amo vive.
—¡Dios lo quiera!
—Y estoy tan seguro de que vive, que hasta juraría oír sus pasos. ¡Justo! ¡Con qué placer voy a recibirle después de los siniestros augurios de usted! Suba usted, suba usted de prisa, D. Raimundo, que el Sr. Gedeón y yo queremos convencernos de que vive.
—Sí, D. Raimundo, suba usted, para que le palpemos.
—¿Pero están ustedes seguros de que vivo todavía?
—¡Cómo! ¿usted mismo lo duda?
—¿No he de dudarlo, Gedeón? En todas partes oigo noticias de mi fallecimiento. Por la mañana, al leer los periódicos, veo que todos ellos me consideran en plena agonía ministerial. Si se acerca a mí un maurista, tuerce el gesto como pensando: «¡qué mal huele!» Cuando encuentro al marqués del Vadillo, éste lanza sus más funerarios balidos. Hasta Besada me besa ya como se besa a un muerto; Azcárraga me saluda como a un colega de ultratumba; Ugarte, el que se nos quedó olvidado en Gracia y Justicia, se dispone a dar fe de mi defunción. ¡Y para colmo de males, Silvela dice que he de durar todavía unos cinco años! ¡De modo que si no estoy muerto del todo, que venga Dios y lo vea!
—Terrible es, D. Raimundo, todo eso que acaba usted de decirnos. Sobre todo,

el Dato de Silvela me espanta. Pero no nos atolondremos. A ver la lengua.
—Mírela usted.
—Un poco sucia.
—Soy académico.
—¿Y la mueve usted con facilidad?
—Eso, sí.
—Entonces no hay que apurarse. Pasemos a otro miembro.
—¿Pero me va usted a reconocer?
—Bueno, no quiero molestarle. ¿Y el corazón?
—Como en mis más verdes años. Es el órgano que mejor funciona. ¡Ojalá otros resistieran como él!
—Pues estando fuerte el corazón, lo demás tiene fácil arreglo.
—¿De modo que, según le parece a usted, no me he muerto todavía?
—¡Todavía no, pero guárdese usted de los huertos gálicos!
—Desde mi más tierna juventud he tenido en cuenta esos consejos.
—Y en prueba de que no le creo tan difunto, ha de saber usted que venía a preguntarle si desea disfrazarse este año.
—Sí, sí, Gedeón, me disfrazaré. Yo gozo mucho dando bromas.
—¡Ya lo creo! La que nos dió usted con el saneamiento de la peseta fué de órdago.
—Pues todavía tengo otras mejores en cartera. Ahora se me ha ocurrido la de la reorganización de los servicios. ¡Vaya una broma superior! Risa para todo el año, como decían en la Puerta del Sol. ¿Y me trae usted los disfraces?
—Sí, señor, aquí tiene usted una careta de financiero que vale un potosí.
—¡Pero si parece mi misma cara!
—En eso está el mérito, en engañar con la propia efigie.
—Y el capuchón.
—Nada de capuchón.
—¡Entonces de bebé! ¡Ah, sí, de bebé!
—¡Qué gusto! ¡Cómo va a relamerse Besada!
—¡No, D. Raimundo, nada de bebé!
—Pues entonces, ¿de qué me visto?
—De uniforme.
—¿De uniforme y con careta de financiero? ¡Me va a conocer todo el mundo!
—No lo crea usted; no le va a conocer nadie. Los que le pudieran conocer ya le han conocido.
—Bien, sea lo que usted quiera; me disfrazaré de Presidente del Consejo de Ministros con cara de financiero, y no me conocerá nadie. ¡Menudas bromas voy a dar en la Castellana! Oiga usted, ¿y si la gente, a pesar del disfraz, da en creerme difunto?
—Miel sobre hojuelas: un difunto que da bromas. No ha sido usted otra cosa desde que juró el cargo. Insisto en que nadie podrá reconocerle.
—No digo más. Me disfrazaré los tres días de Presidente del Consejo, y el miércoles al Canal a enterrar la sardina. ¡Lo más que puede suceder es que nos entierren juntos!



LUPITINEZ SALVADO

LUPITINEZ.—PUES SÍ, RESPETABLE GEDEÓN, ESTOY EN UNA SITUACIÓN DESESPERADA, NO SÉ CÓMO SALIR DE TANTOS APUROS, AGOBIADO, ABURRIDO, LLENO DE INGLESES Y APREMIADO POR EL CASERO...

GEDEÓN.—¡HOMBRE, PUES PRESENTESE USTED DIPUTADO PROVINCIAL! ¡PARA MUCHOS ES UNA SOLUCIÓN!

La descoyuntura en Rusia

SERVICIO TELEGRÁFICO MUY ESPECIAL

GEDEÓN, haciendo un verdadero sacrificio, y en su deseo de tener al corriente de cuanto pasa en Rusia á sus—rubor le causa confesarlo—numerosos lectores, ha dispuesto que vaya á San Petersburgo, Petersburgo ó Petersburguete, á gusto del consumidor, su más inseparable amigo Calínez con algunos fondos y un Manual de la conversación.

Calínez, no bien ha puesto los piés en plena perspectiva Newsky, nos envía los siguientes telegramas:

San Petersburgo, 28 (8,15 m.)

Acabo de llegar en este momento. Algunos vendedores de pieles que conocí en Madrid me esperaban con una *troika* de cuatro caballos con plumeros. El *iz-cowith* que los guiaba resultó ser un antiguo *simón* amigo mío que tenía el punto frente al café de Levante. Le he dado un rublo por la carrera. Me hospedo en la *Fonda de Catalina*, una especie de *Petit Fornos* de esa, y duermo tabique por medio de un pope de bastante circulación.

HABLANDO CON GORKI

San Petersburgo, 28 (12 m.)

Acabo de ver en su casa al ilustre cronista de los vagabundos, donde me ha ofrecido una taza de té y se me ha quejado amargamente de los traductores que le han salido en Barcelona. Me dijo que era entusiasta devoto de nuestra literatura, especialmente de Calderón y de Cavestany, cuyos dramas le gustaban mucho. También elogió grandemente las revistas de Monte-Cristo.

GORKI EN LA CARCEL

San Petersburgo, 28 (2 t.)

No es cierto que hablara con Gorki, como telegrafíe á las doce de hoy. El novelista ruso está preso en la fortaleza de San Pablo, en una hedionda habitación, cargado de cadenas y en la más completa obscuridad. No se le permiten visitas de ninguna especie, ni leer, ni escribir. Aquí se dice que será ahorcado y después repartido su cuerpo entre los editores.

GORKI SIBARITA

San Petersburgo, 28 (4 t.)

Perfectamente informado, puedo decir que Gorki no está en la fortaleza de San Pablo, sino en casa del gran duque Camelisky, que le atiende con toda clase de consideraciones. Come en su casa, fuma de sus tabacos, usa sus carruajes, se pone sus corbatas y escribe y dibuja mejor que la tinta, como vocean los que venden lápices en la Puerta del Sol. Actualmente escribe un drama en tres actos de negra y profunda melancolía. Los que han asistido á su lectura salieron con visibles síntomas de ictericia.

GORKI CON EL TIFUS

San Petersburgo, 28 (7 n.)

Cuando yo creía que mi anterior despacho era ya la última palabra sobre Gorki, resulta ahora que hace quince días está en cama con el tifus ó el tífis, ó algo parecido. Se desconfía de poder salvarle, pues se niega á tomar toda clase de sellos

de quinina, por creer que están preparados alevosamente por el Santo Sínodo y por un pope enemigo suyo por cuestiones de faldas. Hoy le presentaron un *icono* y un cuadrilátero con el retrato del Zar, y los tiró nerviosamente debajo de la cama.

GORKI EN LIBERTAD

San Petersburgo, 28 (10 n.)

Cuando me apresuraba á enterarme del estado de Gorki y de cómo había pasado la noche, me dicen que el formidable narrador del hampa rusa, ni ha estado preso, ni en San Pablo, ni en casa del duque, ni tiene el tifus, ni mucho menos el tífis.

Tampoco es cierta la noticia que di de que escribiese un drama hondo y negro; de lo que se ocupa en la actualidad, según el último camelo de hoy, es de escribir una parodia del último drama de Echegaray *A fuerza de arrastrarse* y los comentarios á la ley Hipotecaria rusa.

Al acabar la redacción de este telegrama, viene un amigo y me dice que Gorki no está en San Petersburgo, que ha salido para Socuélamos. El cielo aparece ligeramente sonrosado.

¡Pa mi que nieva!

¿Y DE GAPONY, QUÉ?

San Petersburgo, 28 (12 n.)

Dice el corresponsal de *The Infundy*, que el popular y extraordinariamente aplaudido pope Gapony salió de San Petersburgo disfrazado de *cocotte* y del brazo del gran duque Ciriaco, que es aquí muy querido por los panaderos.

A propósito de los grandes duques, bueno será consignar que después del último atentado contra Sergio, no se atreven á salir de casa por las noches, entreteniéndose en hacer solitarios.

Tal es la impresión producida y el pánico que reina, que algunos están decididos á terminar sus días en un convento de arrepentidas moscovitas.

Volviendo á Gapony, el redactor especial del diario francés *Le Petit Camame* asegura que le vió subir al tren en la estación de San Nicolás vestido con traje de luces y con un capote de Mazzantini, y que en la actualidad está bailando con la Otero en París.

Algunos aseguran que no se ha movido de San Petersburgo, y otros que se ha movido mucho desde la famosa jornada revolucionaria.

Es lo que dicen aquí con sugestiva coquetería á los grandes duqueses:

¡Toma pope!

Hoy ceno en el *Aquarium* con Trepoff. Remitan fondos, por si acaso.—Calínez.



La novela de la crisis

Varios apreciables colegas se lamentan de que el Gobierno, ó quien fuere, haya dictado á *La Epoca* un *entrefilet* del sistema Maüser, titulado *La novela de la crisis*.

¿No se han enterado ustedes de eso? Pues viene á ser una cosa por el estilo de la siguiente novelita:

El Sr. de Marcupio es un casero.

El Sr. de Veranguí es inquilino suyo, habitante en el principal izquierda.

El Sr. de Marcupio ha recibido en su casa al Sr. de Veranguí muy á regañadientes, y sólo en atención á que los tiempos están muy malos y no se puede andar con muchos escrúpulos para admitir inquilinos.

Por otra parte, el Sr. de Veranguí ha prometido pagar puntualmente el cuarto, hacer en él las reformas necesarias, sanear varias cosas que necesitaban saneamiento, empapelar varios republicanos, digo, varias habitaciones, y dejar siempre á salvo los altos intereses del Sr. de Marcupio.

En esta inteligencia, Veranguí se instala en el piso, emplea bastante tiempo en echar de él á los chinches y demás parásitos y sáncheztocas del inquilino anterior, intenta arrancar también de la capilla un San Luis de estuco que en ella había, y no pudiendo conseguirlo, lo deja en su Gobierno, digo, en su hornacina.

Por fin, Veranguí y su desahogada familia gozan de la amplitud y comodidad del cuarto á todo su sabor.

Al cabo de unos cuantos meses, su noble casero, el Sr. de Marcupio, adquiere una convicción verdaderamente desagradable y que le sume en las más amargas cavilaciones.

Según se ve, las promesas y los ofrecimientos de Veranguí eran, como el nombre del inquilino hacía sospechar, pura *veranguí*.

Más claro, *jonjana*.

Más aún, *coba*.

Resulta que Veranguí no paga los alquileres, ni reforma, ni sana, ni empapela, ni hace más que pasear por el Retiro su barriga marcadamente intelectual y financiera.

Por lo cual, el buen Marcupio, que ya lleva algún tiempo aguantando inquilinos que todos se parecen á Veranguí, tuerce el gesto como indicando que va á tomar una pequeña resolución desoladora.

Pero el Sr. de Marcupio no sabe con quién se juega los cuartos.

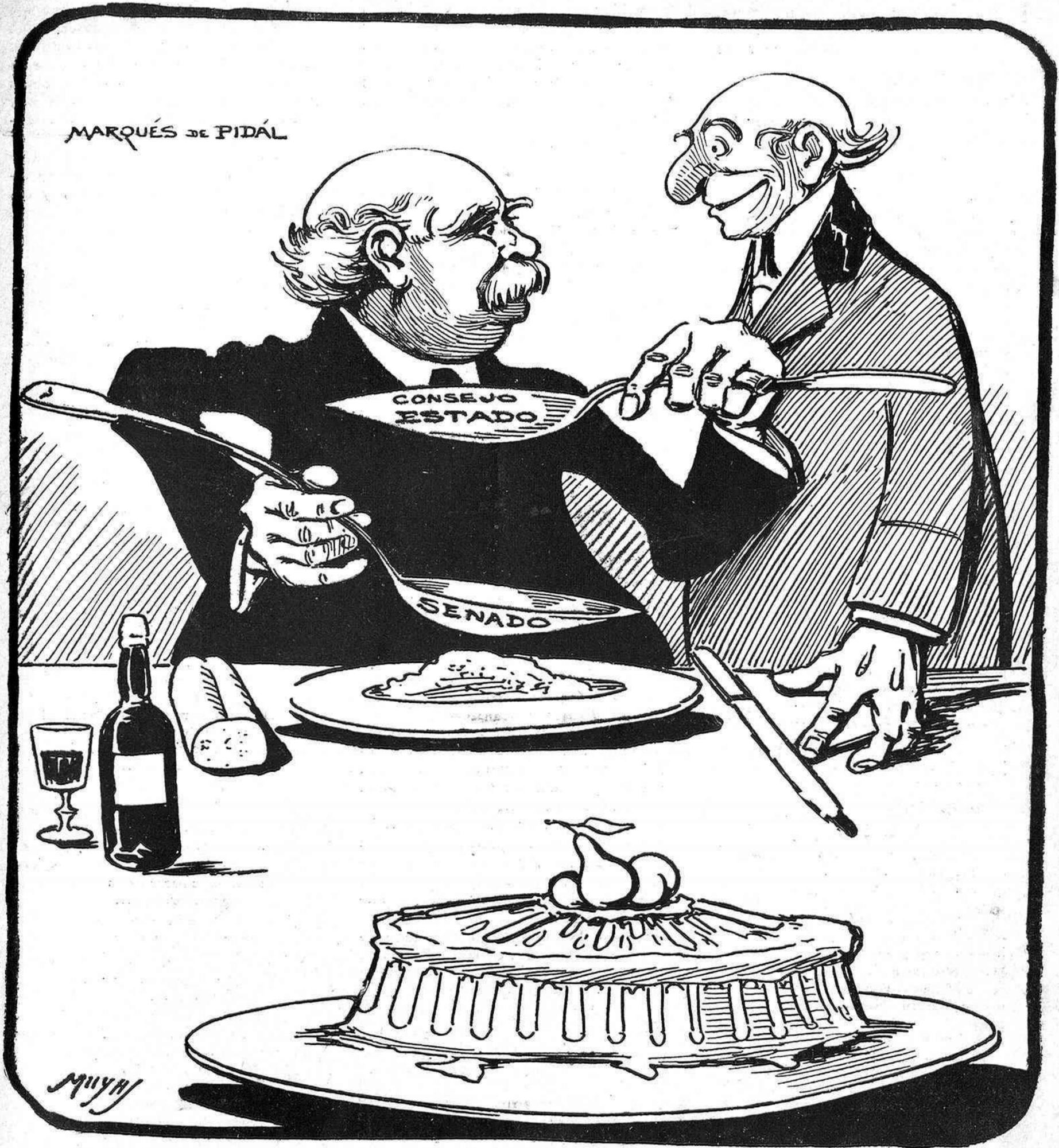
Y Veranguí, apenas entrevé el gesto de su casero, *madruga*, y dirigiéndose á él le dice en altas voces, para que todo el mundo lo escuche y la vecindad se entere:

—Amigo Marcupio, ya sabrá usted, y si no lo sabía se lo diré yo, que he leído la *Revolución francesa* traducida por Maucci (una peseta los Girondinos, otra peseta los Jacobinos y cero cincuenta los Thermidorianos), que nosotros, quiero decir, yo y mi familia, la numerosa tribu de los Veranguís, *somos aquí por la voluntad del pueblo, y no saldremos que por la fuerza de las bayonetas...*

Y antes de que el señor de Marcupio le dé tiempo de manifestar su asombro, prosigue Veranguí, con marcado acento portugués:

—En breve espacio de tiempo, este piso ha cambiado de inquilinos dos ó tres veces: claro está que esos señores eran unos adanes ó unos sinvergüenzas, que no han dejado baldosín en su sitio, ni cristal sano, ni chimenea que tire, ni inodoro que no parezca *i-si-doro*. Pero por eso mismo hemos entrado nosotros, en quien tiene esperanzas fundadas el país productor y contribuyente, del cual forman parte principal nuestros numerosos

MARQUÉS DE PIDÁL



EL HOMBRE DE LAS DOS PRESIDENCIAS

GEDEÓN.—PERO, SEÑOR MARQUÉS, ¿IBA USTED Á COMER CON LAS DOS MANOS Á UN TIEMPO?

EL MARQUÉS.—¡YA LO CREO! ¡USTED NO SABE EL ESTÓMAGO QUE TENEMOS TODOS LOS DE LA FAMILIA!...



acreedores. Ciertamente es, respetable Marcucio, que no hemos pagado ni pensamos incurrir en semejante vulgaridad. Para nosotros, monárquicos y conservadores de toda la vida, hay intereses muy superiores á una mera y mísera cuestión de alquileres y de recibos atrasados. ¡Intentar cobrarnos las mensualidades del principal izquierda que habitamos, ó ponernos de patitas en la calle, como haría

cualquier ridículo casero de sainete, digno de ser representado por Pepe Rubio, el de Lara! Si tal hiciera usted, nadie quedaría más desacreditado y abochornado que usted mismo, ¡oh noble Marcucio! Por consiguiente, no se hable más del asunto... ó nos veremos precisados yo y mi familia á lanzar el grito de ¡Abajo los caseros!

A este discurso, eminentemente dinástico y conservador de toda la vida, construido, por consiguiente, con arreglo á una lógica abrumadora, no se sabe aún lo que contestará el casero Marcucio.

Nosotros, en su lugar, lo pensaríamos mucho antes de ponerles los trastos en la acera á los Verangui.

Porque cuando se tropieza con un inquilino de semeiante calibre, hay que

agachar la cabeza y dejarle que no pague, con tal que no le desacredite á uno.

Y con poner Villaverde en lugar de Verangui, ya tienen ustedes ahí *la novela de la crisis*. Lo que dirán algunos egregios lectores de *la decana*:

—¡Vaya unos folletincitos divertidos los de *La Época*!...



¿SERA UN GENIO?

No hay crisis. Y el tiempo pierde quien hable de tal asunto...

No está el Gobierno difunto, lo asegura Villaverde.

Son falsos tales rumores que en la sombra se alimentan, y que surgen, según cuentan, de labios conservadores;

porque con celo y prudencia, con energía y con tacto, Raimundo va á hacer un acto de bastante trascendencia.

Y puesto que hoy se prepara para ese triunfo novísimo, ¿no sería inocentísimo que su cargo abandonara?...

Ese acto, al que no renuncia por rumor tan insistente, y que ya á tambor batiente por todas partes se anuncia, es una prueba imprevista que nos gustará bastante de su fe de gobernante, de su valor de hacendista.

No su bandera abandona, pues, siempre firme en su puesto, nos ofrece un presupuesto que ahora mismo confecciona.

Y en él con bríos trabaja, y entra en el antiguo á saco... ¡No es ya un hombre; es el tío Paco de la clásica rebaja!

No juzguéis intempestivos sus trabajos; que es lo cierto que ahora va á hacer este muerto lo que no han hecho los vivos.

Por eso inspira temores entre algunos derrotados, que al sentirse fracasados propalan ciertos rumores; y mientras él se fastidia y por nosotros se apura, crece y crece la conjura, que le observa con envidia.

De Maura el apoyo pierde, y ya con este detalle, pronto en mitad de la calle se oirá un «¡viva Villaverde!»

¡Cosas son éstas del mundo que de explicar no hallo modo!... ¡Rediez!... ¡Si, después de todo, será un genio Don Raimundo?



En la fiesta del árbol

El domingo estuvo en El Escorial nuestro muy grato, aunque triste amigo, el Sr. Marqués del Vadillo.

Gedeón tuvo el gusto de verle por la mañanita en la estación del Norte asomando la tortuosa nariz por el cuello de su gabán, con su gorra de plato y su uniforme también de plato; es decir, de ministro... ¿Dónde irá S. E. tan temprano?... Gedeón, que además de curioso es activo, tan activo casi como el sagaz Ugarte, halló en seguida contestación á su pregunta y supo que el infrascrito iba al Escorial.

No le chocó el viaje; por el contrario,

le pareció naturalísimo. El Escorial es, en efecto, el sitio más adecuado para un hombre tan triste. Allí reposan los reyes; allí hay frailes; allí existe un monumento que recuerda las perdidas grandezas; allí, en fin, todo convida á la tristeza, que invade el ánimo inmediatamente, sin que tengan poder para endulzarle todas las pastillas y bombones de la fábrica de Matías López.

Tristissima noctis imago, que dijo el clásico... Eso es El Escorial.

Tristissima noctis imago... Eso es el señor marqués del Vadillo.

Pero nuestro compungido amigo no iba como particular, sino con carácter oficial. Quiere decirse que en el tren no se metió D. Francisco Javier González de Castejón y Elío, ni el marqués del Vadillo, ni el catedrático de Derecho, ni el antiguo pidalino, ni el correligionario de Villaverde... ¡Se metió el ministro de Agricultura! Con él se coló en el coche Gedeón, con él llegó al histórico pueblo, con él participó de los honores, y con él asistió á la Fiesta del Arbol... Y gracias á este trabajo que Gedeón se impuso gustosísimo por servir la natural curiosidad de sus escasos favorecedores, puede hoy proclamar muy alto que *aquello*, más que un ministro de Agricultura, fué la agricultura misma.

¡Qué discursito el que soltó al honrado vecindario, que le escuchó asombrado! *La Época* dice que fué elocuente, y nosotros nos permitimos rectificarla, llegando hasta el superlativo. Sí; fué un balido admirable que mereció el particular encomio del profesorado y alumnos de la Escuela de Montes, que formaban parte del concurso. Y en verdad que ninguno de los plantones que se colocaron en los surcos puede igualarse al plantón de la concurrencia, pendiente de los labios de D. Juan, es decir, de D. Francisco...

Pero hemos dicho que la Agricultura habló por su boca, y para probarlo basta citar esta hermosa semblanza del árbol, peregrina improvisación digna de grabarse en su corteza:

«El árbol se nutre del seno de la tierra, y su fuerza y su vida están en razón directa de la profundidad de sus raíces, que es la labor humana, que es el trabajo. Pero el árbol crece y se desarrolla mirando al cielo, buscando en él calor y vida, y demandando de su misericordia la benéfica lluvia, sin la cual, señores, acaban por esterilizarse nuestros esfuerzos...»

¿No es admirable?... Ni el propio Sr. Prado Palacios, que parece ser otro genio eminentemente agrícola, es capaz de decir algo más succulento... Por si ello no basta, como justificación del bombo que atizamos á Su Excelencia, he aquí el carácter de la Fiesta del Arbol, procedente de la misma autoridad:

«Ésta, en definitiva es, señores, la nota propia y verdadera de la Fiesta del Arbol, y de otro modo no valiera ni la pena de celebrarla; porque su sentido es, repito, profundamente moral, civilizador y religioso, y tiene por objeto elevar á los hombres...»

Moral, sí; civilizador, también... ¿Pero religioso...? Es la primera vez que Gedeón tuvo la dicha de escuchar semejante cosa, y desde luego pensó en presentar al Ateneo una nueva Memoria, para darse de palos, sobre *Las órdenes religiosas y la riqueza forestal*, por ejemplo.

Alguien pensará que el señor ministro

enseñó la oreja por debajo de la gorra galoneada; no faltará quien piense que las cabras pueden triscar por los montes, pero no meterse en los valles... ¡Callen los audaces comentaristas...! Nosotros pensamos que, después de ese discurso, el Sr. Marqués del Vadillo debe ser declarado monumento nacional.

¡Ah!... En la Fiesta del Arbol hubo que lamentar, además, un himno con letra de Grilo. También agrícola, y no menos pecuaria.



La ninfa Egeria

Para atajar los males de la campaña que contra el Gabinete salió de *España*, uno de sus conspicuos socios parlantes hizo declaraciones interesantes.

Y á todos los reparos y á las censuras que al Gobierno dedican las criaturas,

ese mismo conspicuo brinda respuesta...

¡Que él las recoge todas y él las contesta...!

¡Sabéis quién es, amigos, el «declarante»...?

¿Queréis saber quién lleva la voz cantante?

¡El obeso y jocundo genio de un día!

¡El Alix, gran murciano, suple García!

¡Qué importancia ha adquirido! ¡quién lo dijera!

Porque no cabe duda que hizo carrera...

Ya mostró lo eminente de sus talentos en varios y dispares departamentos,

y hoy, de nuevos aplausos á la conquista,

se permite hacer cosas como hacendista...

¡Y esto, aunque mucho, es poco!

Para su gloria, rinde enormes tributos á la oratoria,

pues siempre á su palabra da libre curso,

¡y en la punta de un sable lanza un discurso!...

¡Alix!... No le detiene ningún obstáculo,

y, á la fuerza, le escuchan como á un oráculo;

pues saben que se espacia cuando hay materia,

¡y que es de don Raimundo la ninfa Egeria!

¡Válgame Dios, qué ninfa tan pistonuda!...

¡Cómo está Villaverde con esta ayuda!...

¡Viva el jocundo, obeso genio del día!...

¡Viva Alix, el murciano, suple García!

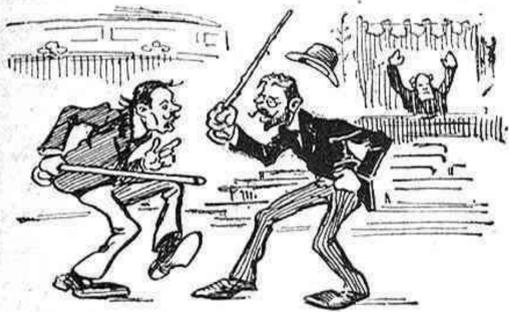


...Y armas al hombro

Las discusiones del Ateneo van tomando un carácter desusado hasta ahora en aquel pacífico establecimiento.

El otro día se pegaron dos preopinan-

tes varios coscorrónes científicos, literarios y artísticos, causándose erosiones de primero y segundo grado.



Todo con anuencia y bajo la presidencia del honorable é inagotable orador y grafómano D. Rafael María de Labra.

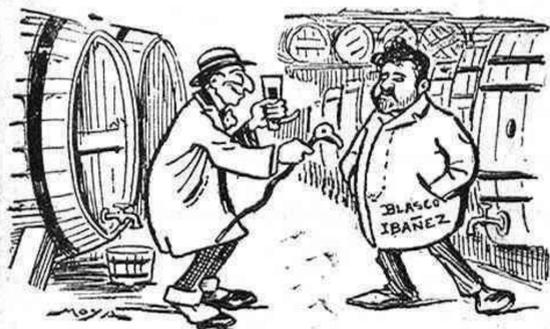
El cual se limitó á ponerse la chistera cuando comprendió que iba á correr la sangre.

¡Admirable ecuanimidad la del conspicio D. Rafael!

Verdad es que él las ha visto mucho más negras. Tan negras como *El negro Santos de Santo Domingo*.

El buen señor fué diputado por Cuba, le sopló al oído á Moret aquel agradable y oportuno bordoncillo de *¡La autonomía es la paz!* y luego, cuando se nos marcharon las colonias... hizo lo que en el Ateneo: lo miró con toda la calma posible y se puso por montera una senaduría, chupando de lo peninsular, en vista de que ya no quedaban habanos.

Como la política da cada vez menos de sí y resulta cada día menos chistosa en estos tiempos de seriedades barrigudas, Gedeón, por variar de tema y refrescar el espíritu, penetró en *La bodega de Blasco Ibañez*.



El vino es de Jerez.

La intención, de Miura, que tampoco anda muy lejos de las bodegas esas. Pero á nosotros no se nos ha subido á la cabeza.

En resumen, amigo Vicente, como político... *tres palos cortados*.

Pero como novelista... *macharnudo*.

A que no saben ustedes qué están haciendo las ocho besadas, digo, los ocho ministros del harem de Raimundo-bajá?

(Esto de *bajá*, mejor ó peor acentuado, es un rumor que ha empezado á correr.)

Pues, la Prensa ministerial, es decir, *La Epoca*, afirma con seriedad *quintilipuchesca* que esos señores están estudiando.



Es curioso, ¿verdad?

Quisiera yo ver estudiar á García Alix para convencerme.

Porque, ó yo no he visto jamas estudiantes y estudiosos, ó ¡que me maten si no tiene S. E. cara de haberse pasado lo mejor de su juventud recibiendo *cates!*

Pues al marqués de Vadillo tampoco le vendrá mal del todo un poquito de estudio.

Porque es lo que él dice en confianza:

—Yo, señores, desde que soy catedrático, apenas he tenido tiempo de abrir un libro.

Verdad es que para eso de la Agricultura, Industria, Comercio, etc., maldita la falta que le hace quemarse las cejas.

Todo lo más que tiene que hacer es... lo que hizo el otro día en El Escorial con motivo de la oportuna y graciosa Fiesta del Arbol:



Fué y se arrimó á un pino triste por ver si le consolaba, y el pino, al verle balando, le dijo:—¡No te me vayas!

Estamos *con aquí*, es decir, con el pino. Hubiera sido un espectáculo terrible en El Escorial.

¡Irse los Vadillos tristes al monte!

¡Y delante del Reverendo Padre Rector de los Agustinos, como ellos se llaman, que no está acostumbrado á esas cosas!

Con *equidaz* y aseo, como quien dice, están preparándose las elecciones provinciales.

Como no se trata, en resumen, más que de tapar bocas, todo marcha á pedir de ídem.

Montero Ríos, Moret, Villaverde se hallan, como saben ustedes, de acuerdo, y esta es una excelente señal de que progresamos, aunque muy lentamente.

Antes, para estas cosas solía utilizarse el clásico puchero de nuestros mayores. Hoy somos mucho más refinados.

Desde la alfarería hemos pasado á la cristalería fina.

Y vean ustedes el receptáculo ó vasija que simboliza las elecciones.



Un modesto, pero positivo enjuague.

Tenemos los cuerpos *tronzaus*.

¡Valiente camelo nos hemos *llevau* con la princesa Victoria de *Connaught!* Ahora resulta que acepta la blanca

mano del príncipe heredero de Suecia

¡Y para eso la dimos tanto bombo y vivas y hasta la ofrecimos una juerga en Sevilla con cantoras y todo, *encaminada* á probar á tan simpática señorita que no somos, como se dice por ahí, un país de pandereta! Véanla, véanla ustedes del brazo de su prometido.



Nunca con mas oportunidad puede decirse que se ha hecho la sueca.

También se habla bastante, á falta de más interesantes asuntos, de que se ha acabado la perforación del Simplón.



Ahí tienen ustedes el mono correspondiente que acabamos de fusilar de una revista inglesa, como hacen otros sin decirlo.

Por supuesto que para nosotros el espectáculo nada tiene de nuevo.

Conocemos á fondo el coro de vírgenes de la mayoría maurista.

Y ¡apenas si hay allí simplones que están hace mucho tiempo... como el monte ese del túnel!

Ya sabrán ustedes en qué consiste, según los mejores informes, todo el problema político.

No se trata de reunir las Cortes, que eso importa poco.

Ni de la actitud de Maura, que importa menos todavía.

Ni de la mejoría ó peoría de los cambios.

Ni de las prometidas reformas.

Veán, veán ustedes, señores, de lo que se trata pura y simplemente.



De llevar una maleta á la estación.

Hay tres mozos de cuerda esperando, y aún no se sabe cuál de ellos la llevará.

¡Tendría gracia que la maleta se fuese ella sola en automóvil!



EL SANTO Y SEÑA

EL CAPITÁN VILLAVERDE.—BUENO, YA LO SABE USTED. DA USTED EL «¿QUIÉN VIVE?», Y SI LE CONTESTAN «¡ESPAÑA!» HACE USTED FUEGO.
EL SOLDADO GARCÍA.—¿Y SI NO ME DICEN NADA?
EL CAPITÁN.—YA, YA LE DIRÁN Á USTED...